

Con un saludo afectuoso

105

FRANCISCO DE ABRISQUETA
GERENTE GENERAL

Industria Colombiana de Llantas S. A.
DIRECCION TECNICA B. F. GOODRICH COMPANY
APARTADO AEREO 45-07, TEL. 60 34 06
BOGOTA, D. E. COLOMBIA



De Alberto Lleras,

Ex presidente, Ex-Secretario de la OEA

Termina la Obra de Dios

Los sacaron del gobierno de España sin que jamás se hubiera sabido por qué entraron y cómo lograban sostenerse. La obra de Dios, *Opus Dei*, continúa, pues, siendo un misterio, que seguramente se cultiva como un acto claro de relaciones públicas, pero invertidas. Lo que más se parece a la incógnita imagen de la *Obra* es, sin duda, la que le atribuyen algunos de sus enemigos. Se trata, dicen, de un grupo brillante de jóvenes, y no tan jóvenes, financieros y técnicos, que querían tener puesto su dedo en la interioridad de las decisiones del Estado, con finalidades que no siempre resultan transparentes, y sobre las cuales, pues, no emitiremos concepto alguno. Fervorosos en religión y en caudillismo, Franco no podía menos de mirarlos con benevolencia. No eran, no, como esos otros bárbaros de la Falange, con ideas semisocialistas, siempre indignados contra el capitalismo que, después de todo, pensaría el Caudillo, no era cosa tan mala. Además, muy buenos para tratar grandes negocios y negociados, especialmente con los norteamericanos a quienes les caían muy bien, a pesar de su rígida ortodoxia y de sus virtudes personales ostentosas. Porque entre las gentes de la *Obra* siempre tan latebrosas en sus intenciones y actos y tan humildes, había una ostentación inevitable: la de todas las cosas que no hacían: ni relaciones con *fembra placentera*, ni alcohol, ni tabaco, ni chistes. Severos, casi siempre vestidos de negro, como Don Felipe IV en los retratos de Velásquez, sin condecoraciones, eran un equipo como para el Escorial. Y esto le caía bien al Caudillo senescente, en el Pardo.

De resto no hubo un funeral adecuado para la *Obra*. Como habían jurado antes sus miembros, de rodillas ante el Cristo, frente al Caudillo, juraron sus sucesores en una ceremonia que parecía más bien consagración de obispos. Trajes casi talarés, por su longitud, los faldones del chaqué golpean los talones de los nuevos funcionarios. Seguramente hubiera sido más moderno el juramento si hubiesen usado chambergo y gregüescos. Porque la escena del Pardo, las venias untuosas y lentísimas como un buen pase de pecho, la inclinación ante la estantigua, los pasos hacia atrás para indicar más reverencia, todo eso, todo, es viejo, pero no es antiguo. No lejos de allí, tal vez en el mismo salón, pero todavía confidencial y secreto, el futuro Rey debía recibir otro pequeño homenaje de acuerdo con el protocolo del caudillaje, que no es el del Reino. Y apenas hubo terminado el ceremonial, el *Opus Dei* estaba fuera del poder. ¿Hasta cuándo?

No se puede saber, porque los vínculos de la poderosa organización con las finanzas y la industria española son innumerables. Casi, casi, que los ministerios son los adelantados de una naciente y vigorosa libre empresa que detesta los sistemas intervencionistas y que comienza a estar realmente libre en el territorio español, por cuanto allí como en la América Latina, tiene algunas ventajas que no le otorgan ni los conservadores ingleses ni los republicanos de Norteamérica, a pesar de que se supone que esa forma capitalista de desenvolvimiento es originaria de Inglaterra y de los Estados Unidos. La libre empresa en la América Latina y en España es lo que fue en los primeros días de la revolución industrial en Inglaterra, lo que fue en los Estados Unidos cuando aparecieron los primeros barones de los ferrocarriles. Ante todo, ninguna limitación a la expansión indefinida, a la lucha por la supervivencia del más fuerte, al monopolio. Para eso se es liberal, se es libre. El hecho sorprendente de que en la organización industrial y de los grandes negocios en la América Latina y en España sea lícito lo que es un delito ante las autoridades judiciales de los Estados Unidos o de Inglaterra, no llama la atención a estos nuevos barones. Es decir que se vayan creando monopolios y oligopolios que controlen cada rama de los negocios para evitar la anarquía y las ba-

jas de precios, hecho perseguido en esos otros países y estimulado en la grande y libre empresa de Japón y de España y de América Latina. Una reunión para concretar precios y alzas y sistemas, es una conspiración en los Estados Unidos. En esos otros países, llegados a la libre empresa hace poco, es una obligación del buen patriota. Sucede que la libre competencia, palabra que les horroriza como un delito contra el Estado, no existe en esas tierras de Dios. Y es buscada afanosamente en los países de origen de la libre empresa, porque es el único medio, según sus economistas y filósofos, de que se mantenga el equilibrio entre la voracidad de los librepresarios y el derecho del consumidor, como ser digno de alguna consideración.

Pero todo eso, "¿tiene algún sentido en el gobierno español?". Hace muchos, pero muchísimos años se ganó la guerra civil, para que no existieran más esas pamplinadas, y se combatió con energía al demoliberalismo, porque era la manera de extinguir la libertad. Ya extinguida, comenzaron a florecer tímidamente los hombres de negocios, que querían solo una libertad: la de la empresa, la del monopolio, la de las grandes aventuras que hicieran

de España el imperio de Carlos V, y restablecieran su prestigio mercantil sobre el mundo americano. Esos, fueron, casi siempre los de la *Obra*, católicos a marcha martillo, y tanto o más que el Papa, si de eso se trataba, sobre todo en los días revoltosos de Juan XXIII.

Pero la *Obra del Señor* solo duró hasta que el Caudillo lo quiso. El nuevo Primer Ministro, hombre de armas tomar, está harto del *Opus Dei*, por razones que no es preciso conocer, y lo barre del Gabinete con un gesto de alta comedia. Los grandes negocios tiemblan, pero comienzan a poco, a incorporarse y a consolidar

sus posiciones. Esta mezcla de negocios y de política, este destacar figuras eminentes de los primeros al inestable teatro del gobierno, donde un solo gesto puede echarlo todo a perder, después de todo, no parece tan conveniente. No hay suficiente estabilidad para los negocios en el gobierno que vive buscando simpatías dondequiera, y al cual se le pueden presentar situaciones con los consumidores, siempre en número mayor que los productores, que lo obliguen a causar grandes perjuicios a sus mejores amigos. La tesis de llevar a la política y al gobierno a los grandes de los negocios, y darles alas a sus ambiciones, no siempre es saludable. Las ambiciones de los hombres de negocios son duras y poco flexibles, y cuando se quiere hacer una concesión con ellas al pueblo, se ponen insoportables. No digamos que todo eso ha ocurrido con las gentes del *Opus Dei*, comunidad laica cuyo misterio da lugar a todo género de suposiciones, y aun de chistes, sobre su papel en la sociedad y en el mundo político. Hablamos, en general de los hombres de negocios que el conservatismo, como quiera que se llame, tiene siempre la intención de llevar a la política, y que muestran una inagotable generosidad y un grande imperio para organizar campañas de publicidad, para vender el producto, como vendieron el suyo en su tiempo, y que de su contacto con el poder esperan, naturalmente, incrementar el propio.

El carácter religioso y ascético del *Opus Dei* no permite suponer que siempre sean estos adelantados de la libre empresa miembros de la organización. Pero eso es lo que cree la gente. Tal vez porque a pesar de haber tenido puesto tan prominente en el gobierno español no lo aprovecharon para hacer saber quiénes eran y qué perseguían. La explicación de que solo persiguen el Cielo, es cosa que las personas comunes no se tragan. Así no fueron los que con seguridad lo obtuvieron y tienen al día sus papeles de santidad.

(De Visión)

